

EL CEMENTERIO MUNICIPAL de S. se eleva sobre la pendiente de una colina a las afueras de la ciudad. Es un cementerio moderno, de amplios paseos circulares y edificaciones de hormigón, semejantes a grandes bloques de viviendas, sobre cuyas paredes se alzan los nichos con la exacta regularidad de un panal. Los muertos han perdido en estos cementerios el venerable privilegio de ser sepultados bajo tierra. En lugar de ello, se les introduce en nichos, donde sus cuerpos sufrirán de manera invariable los rigores de una putrefacción que no nutrirá la tierra. Algunos muertos reciben sepultura en nichos asoleados, donde se deshidratan con cierta prontitud. Al cabo de cinco años los familiares atestiguarán la exhumación de una momia de hombros encogidos, cabeza ladeada y mandíbula abierta. Otros descansan en nichos sombríos, donde la humedad acelera la corrupción y disuelve el cuerpo en una mezcolanza de vísceras y líquidos. Una nube permanente de insectos revolotea ante la lápida y se atropellan buscando las

grietas, por donde se expelle un olor nauseabundo. Tras unas semanas los insectos y el hedor se desvanecen. Cinco años después, los familiares presenciarán una caja deshecha que contendrá unos montículos de aspecto terroso entre los que podrá adivinarse algún que otro huesecillo renegrido y un cráneo sin mandíbula. En este mismo cementerio quiero comenzar mi historia, o quizás en propiedad terminarla, pues fue en este cementerio donde en agosto de 1994, mientras me hallaba casualmente de visita en S., me fue dado presenciar, en calidad de testigo, la exhumación de los restos mortales de mi tío Julián. Las novelas contemporáneas acostumbran a recrear, con una minuciosidad casi ofensiva, los pormenores de hombres de vida insulsa, hombres, sin embargo, conscientes de su mediocridad y su fracaso, y justo por ello, profundos y estimables. La vida de Julián no careció de méritos para concedérsele un lugar entre estos hombres. Toda su existencia no fue sino reverso de vida, suma de proyectos fallidos, aborto de potencialidades. Salvo alguna ayuda ocasional, cuando joven, en el taller de su padre, no se le conoció oficio alguno. Jamás se casó. Vivió siempre junto a su madre, unido escandalosamente a ella por un cordón que sólo la muerte pudo cortar definitivamente. No me consta, sin embargo, que padeciera, como las vidas retratadas en los libros, a causa de su mediocridad. Las sutilezas del espíritu le resultaban ajenas. Era maniático, perseguidor del orden, coleccionista de hábitos escrupulosos, hombre de complexión obesa, timorato y bonachón, aunque colérico imprevisible. La familia lo quería de algún modo. Había aceptado la rareza

de aquel hombre con descuidada resignación, circunstancia que había sido causa de perplejidad para mi padre, quien supo mantener intacto a lo largo de los años un sentimiento de estupor ante aquella opereta inverosímil que adjudicaba a un hombre en absoluto imbécil el papel de un idiota. Mi padre se permitía juicios naturalmente adversos, que no le impidieron a la muerte del tío esbozar un principio de llanto al abandonar la habitación en la que reposaban sus restos. Seis meses había tardado mi tío en morir. Y durante seis meses mi padre cuidó a diario aquel cuerpo declinante con la atención impuesta –no necesariamente afectuosa ni mucho menos sincera– que se debe a los parientes. El gesto de mi padre no podía pasarme inadvertido. Me maravillaba ese esbozo de llanto en quien había manifestado repetidas veces, en privado, las censuras que aquel “muñón de hombre”, aquel ser “autocastrado”, aquella forma inconcebible de existencia, le merecían. Nada podía maravillarme más que el hecho de que mi tío suscitara ese arranque póstumo de afecto en su más ferviente censor. Hoy me atrevo a juzgar los sentimientos de mi padre como una forma de piedad ante el sufrimiento de mi tío, ante una muerte que había rematado una existencia no vivida. Hay personas que irrumpen en nuestras vidas transformándonos con el toque de su gracia irrepetible. Las amamos con fervor, con una intensidad casi dolorosa. Otras fluyen a nuestro lado sin estorbo, habitadas por una tibieza doméstica, por una familiaridad invisible y leve. Estas últimas no pueden ser amadas. El afecto que suscitan nace fatigado. Su huella es mínima. Las queremos con tristeza, como si nos apiadáramos de

ellas. Era el caso de mi tío Julián, a quien no cabía amar y cuya muerte experimenté entonces, siendo yo un muchacho, con cierta indiferencia culpable. No podía sospechar entonces que la sombra de mi tío me seguiría fiel a lo largo de estos años imponiéndome la tarea de clarificar su vida y su muerte. La familia apenas lo recuerda hoy. Sé que ése es el destino natural de los que viven. Su verdadera muerte. La inmediata, la muerte física, no es sino la disolución del lugar, del espacio que ocupaba el cuerpo en el espacio común de los vivos. Aún queda el tiempo, la vida del finado en el tiempo de los otros. Pero el tiempo es memoria y habrá de perderse también, y con ella el timbre de la voz, el rostro, los ademanes, la expresión de quien estuvo vivo entre los vivos. Y quienes lo conocieron y lo olvidaron habrán aún de morir para que pueda morir Julián su segunda y definitiva muerte. Acaso escribo animado por el deseo de redimir la memoria que ha de perderse. Como si debiera registrar las imágenes, las secuencias de imágenes, los perfiles, las voces, los ecos de esas voces, antes de que se desvanezcan, de que mi memoria, vencida, se traicione. Aun a sabiendas de que todo es vano, y la memoria débil, huidiza, no una línea sino una constelación de puntos, aberraciones, discontinuidades. [...]